

JOHN D. MACDONALD

MÁS OSCURO QUE EL
ÁMBAR



UNA
NOVELA
DE
TRAVIS
McGEE

Una joven mujer lastrada con un bloque de cemento es arrojada al mar y salvada en última instancia. Pero el segundo golpe no falló. Quizá McGee se hubiera quedado quieto si los tipos no se hubieran ensañado tanto con la chica antes de liquidarla. Ahora tenía que descubrirlos y terminar con este maldito negocio.

Travis McGee 6



UNO

Estábamos a punto de dejarlo todo por aquella noche, cuando alguien arrojó a la muchacha desde lo alto del puente.

Se detuvieron ruidosamente arriba, sin que nadie los viese, lanzaron a la chica por encima de la barandilla del puente y se alejaron.

Era la calurosa noche de un lunes del mes de junio. Había luna. Ya pasada la medianoche, y a la hora del cambio de marea. Mil millones de estrellas lucían sobre nuestras cabezas cuando el viento comenzó a amainar.

Parecía que acababa de quebrarse violentamente algún idilio.

Me hallaba sentado bajo el puente, en una lancha en compañía de mi amigo Meyer. Nos encontrábamos en aquel momento justamente bajo donde terminaba el puente, en su punto más cercano a la ciudad de Marathon. Este puente era el primero que se encontraba a la salida de Marathon formando parte de la carretera principal con dirección a Key West..., si es que uno era lo suficientemente idiota como para desear ir a Key West.

Mi «casa flotante», *The Busted Flush*, se hallaba amarrada en el malecón de Thompson, en Marathon. Estaba allí desde la tarde del sábado. Cuando llegué al lugar telefoneé a Meyer a Bahía Mar, en Lauderdale, donde él vive a bordo de su pequeño yate. Me había alejado un poco más de lo previsto y tenía un pequeño recado para él, a la vez

que deseaba pedirle me disculpara. Le dije que, en desagravio, debía acercarse hasta Marathon en autobús, y añadí que podríamos pescar en un sitio excelente, contando con la mejor época del año, marea y luna, y que luego podría regresar conmigo a bordo del *Busted Flush* hasta Bahía Mar, adonde llegaríamos probablemente la tarde del miércoles..., aunque tal detalle careciera de importancia.

Meyer es la mejor compañía que uno puede tener, porque sabe cuándo es mejor hablar que permanecer callado, y, por otra parte, es hombre que siempre trata de hacer más que lo que le corresponde en lo que se refiere a tareas poco interesantes o monótonas.

Hasta que le invité a unirse a mí y le oí decir que así lo haría, aún pensaba yo que lo que en realidad deseaba era estar solo durante unos días.

Acababa de pasar diez días a bordo del *Flush* con una antigua amiga llamada Virginia, conocida como Vidge. Había llegado disparada desde Atlanta, destrozada emocionalmente, intentando averiguar cómo había sido ella antes de sus tres años de amargo matrimonio, que la habían convertido en una persona que ni a ella misma gustaba. En el pasado jamás había mostrado tal estado de ánimo... Era una muchacha tranquila, bonita, decente, con cierto sentido, quizá común, de lo que podían ser las diversiones y los juegos, y había sido, evidentemente, una chica con el mani-fiesto destino de llegar a ser una buena esposa.

Después de tres años en compañía de Charlie, se había convertido en una mujer flaca, desvaída, terriblemente nerviosa, y en un ser humano que no era capaz de decir la hora sin que se le llenasen los ojos de lágrimas. Y así, me la llevé conmigo en un corto crucero. Es preciso dejar que estas personas lo vayan soltando todo poco a poco, sin forzarlas. La muchacha se sentía enormemente culpable de que su matrimonio no hubiera sido un éxito. Pero cuanto más hablaba de ello, más me daba yo cuenta de que no había podido ser de otra manera. Era una mujer excesiva-

mente pasiva, demasiado sometida a un fascista emocional como Charlie. El hombre había apretado las tuercas demasiado. Había hecho que ella perdiese la confianza en sí misma, y en todo lo que ella creía poder hacer, desde recibir invitados, o ponerse a guisar en la cocina o conducir un coche. Finalmente, Charlie comenzó a abusar de la capacidad sexual de la mujer. Si los sexos se invirtieran, podría llamarse castración. Las personas que son como Charlie siempre tratan de llegar a un total y perpetuo dominio. Se alimentan de su compañera. Y Vidge ni siquiera llegó a darse cuenta de que huir de él era una forma de instinto de conservación, una manera de intentar asirse a las últimas migajas que restaban de su identidad y orgullo de mujer.

Al principio no hizo más que hablar y hablar incansablemente. No hacía más que asegurar lo gran muchacho que era él, y cómo ella había fracasado en todo. A la tercera noche de crucero, anclados en un pacífico rincón de la bahía de Florida, me las arreglé para que el doctor Travis Mac Gee le inyectase un poco de suero de la verdad: Ginebra clara y pura, de Plymouth. Discutiendo con ella, contradiciéndola, conseguí poco a poco ir llevándola al terreno de la verdad. Y, en la media hora final, antes de que se durmiese, la mujer rompió la barrera y narró magníficamente bien lo mucho que odiaba a aquel destructor y dominante hijo de perra de Charlie. La descripción fue muy gráfica, y Vidge no tenía ni la menor idea de que yo estaba grabándola. Cuando comenzó a tener sueño la llevé al gran camarote de invitados y allí durmió profundamente algo más de doce horas, despertando al día siguiente más tranquila, aunque apesadumbrada. En aquella noche comenzó una vez más a tratar de colocarme el disco del mito de Charlie y del desastre que era ella como mujer. La escuché en silencio, y a continuación puse en marcha el magnetofón para que escuchara lo que había dicho el día anterior. Sufrió un ataque de histeria, seguido por un largo llanto. Después sintió suficiente apetito como para devorar un filete de ternera de

veinte onzas de peso. De nuevo volvió a dormir sus buenas doce horas, y despertó con la sensación de que quizá sería inútil volver a charlar de su matrimonio. Vidge y yo habíamos tenido, hacía años, nuestra aventura amorosa. Probablemente todo habría ido bien si hubiésemos deseado de la vida las mismas cosas, pero inconscientemente nos habíamos engañado el uno al otro como criaturas durante cierto tiempo hasta que se hizo evidente la realidad.

El intento de aliviar aquella agradable nostalgia acabó en lamentable fracaso. Charlie había ultrajado tan terriblemente su feminidad, que Vidge estaba excesivamente nerviosa y ansiosa para poder ser accesible. Estaba convencida de haberse convertido en un ser frígido. Probé entonces otra de las famosas recetas del doctor Mac Gee. La obligué a levantarse temprano y le recomendé un día completo de natación, pesca, carreras por la playa, buceo y tareas domésticas a bordo del *Flush*. Le proporcioné una jornada que habría sido recordada como «cuartelera» por cualquier soldado de Infantería de Marina. Aquella noche, con una media luna de cera luciendo en el cielo, y una brisa que alejaba los molestos mosquitos de cubierta, Vidge estaba demasiado cansada para poder estar nerviosa o sentir aprensión cuando yo, cargando con ella en brazos, la llevé hasta su colchón de tomar el sol, y, suavemente, le quité los «shorts». Vidge emitió unos cuantos sonidos con la garganta, ronroneos de objeción, medio dormida. Cuando pudo darse cuenta de que yo la estaba tomando con toda gentileza, y despertó del todo, ya era demasiado tarde para sentir todas las ansiedades que Charlie había originado en ella. Y cuando todo acabó, Vidge se sintió lo suficientemente feliz y confiada en sí misma como para, poco a poco, sumirse plácidamente en el sueño.

Acto seguido la trasladé al camarote de huéspedes, donde, muchas horas más tarde, bajo la luz anaranjada y oro del sol de la mañana que se filtraba a través de los ojos

de buey, se demostró a sí misma que no era un frío lengua-
do.

Cuando la dejé en tierra, en Flamingo, parecía dos años más joven. Estaba muy tostada por el sol y había comenzado a cubrir sus huesos con un poco más de carne. Sus manos eran firmes y su voz había perdido totalmente el tono agudo de la histeria. Sonreía para sí muy a menudo. Me había preocupado de llamar a su hermana mediante el teléfono del muelle de Miami, y la hermana se presentó en Flamingo para recogerla. Me las arreglé como pude para llevarme a su hermana a un lado y decirle a continuación que si Vidge se desanimaba y volvía al lado de Charlie, éste podría destruirla totalmente. La hermana, con tono calmoso, y sin excitarse lo más mínimo, dijo que si Vidge mostraba el menor síntoma de ansiar regresar al lado de aquel monstruo, ella, personalmente, se encargaría de envolver a Vidge como un paquete y enviármelo a Lauderdale a portes pagados. Sospecho que la hermanita se dio cuenta de mi alarma ante tal perspectiva.

Cierto; era innegable que había habido algún placer en mi trabajo de misionero, pero la experiencia de tratar íntimamente con un verdadero paquete de neurosis traía como resultado el que a uno le siguieran zumbando los oídos durante semanas. La muchacha constituía un buen recuerdo para despertar nostalgia, pero no tan grande como para que yo fuese a buscarla al fin del mundo. Y lo más importante de todo era que yo imaginaba que mis nervios estaban destrozados a causa del esfuerzo de imaginación que había hecho para inventar cosas y decírselas a la dama durante aquellos diez días. Precisamente era una temporada en la que yo estaba intentando recuperar mi moral e independencia, y estoy seguro de que cualquier desafortunado comentario hecho en un mal momento habría vuelto a destrozarse a Vidge.

Opino que sólo se puede estar a gusto con aquellas personas a las que se les puede decir cualquier locura o es-

tupidez que se le ocurra a uno y que ellas respondan con el mismo tono, sabiendo que todos los malentendidos quedan inmediatamente a un lado, en lugar de enterrarse profundamente en el espíritu y que puedan llegar a ser una posibilidad de fricción.

Vidge, al igual que otras muchas personas con temperamento agradable y pacífico, era una muchacha nacida para ser víctima toda su vida. Y la vida la había tratado tan agradablemente durante sus primeros veinte años, que jamás fue capaz de plantar con firmeza los pies en el suelo y rechazar todo aquello que pudiera socavar su identidad. Era una mujer encantadora, delicada, y, sin duda alguna, habría sido una maravillosa esposa para alguien capaz de apreciarlo así. Hay muchas Vidges que nunca tienen por qué enterarse de que son unas víctimas. Tropezan con las personas que les van bien. Pero cuando una de esas Vidges tiene la fatalidad de unirse a un Charlie, la cosa es muy diferente. Pasan los años y se ven a esas mujeres con aspecto deslucido, transparentes, silenciosas, que están ya en el punto de una vida que inicia el declive, siempre sonriendo nerviosamente, y que de vez en cuando tosen cortésmente como si trataran de disculparse por faltas no cometidas. Charlie pertenecía al tipo de individuos de fuerte carcajada, corbatas brillantes, barriga prominente, el chiste a flor de labios y presunto ataque cardíaco.

Al zarpar de Flamingo a velocidad muy lenta, tras haber dejado en tierra a mi pasajera, sentí la desagradable sensación de que Charlie buscaría a su esposa y la sujetaría a un doble castigo por su intentona de huida. En aquel momento, mi flamante embarcación sufría una pequeña avería en el motor de estribor. Yo tenía un amigo en Marathon que le echaría una ojeada sin intentar hallar la forma más plausible de sacarme dinero, y así puse rumbo en tal dirección.

Mis bolsillos estaban razonablemente llenos. Lo suficiente para concederme la oportunidad de aumentar mi cuota

con vistas a mi esporádico retiro. A últimos de año tenía que sacarme de la manga algún nuevo negocio..., alguien que estuviese tan ansioso de recuperar lo que fuera legalmente suyo como para darme la mitad de su valor al recuperarlo, tras haber llegado a la decisión de que la mitad era algo más que nada.

La reparación del *Flush* fue labor de poca importancia, algo que hubiera podido hacer yo mismo de haber sido capaz de diagnosticar la enfermedad. Oí hablar de un buen lugar de pesca; recordé lo mucho que le gustaba a Meyer, y así fue como nos encontrábamos bajo aquel puente, a medianoche, a bordo de una lancha alquilada, amarrada a uno de los pilares del puente, pescando cangrejos placenteramente. Con el cambio de marea se habían dado bien. Yo estaba obteniendo buenos resultados con un nuevo aparejo de anzuelos que, al parecer, irritaba mucho a los pacientes cangrejos. Por lo menos habíamos pescado diez de gran tamaño y perdido otros siete entre los pilares del puente. Sin embargo, en el fondo de la barca se movían nuestras presas, que seguramente pesarían sus buenas doce libras.

Después de la medianoche de un lunes del mes de junio, el tráfico siempre es muy escaso. El arco del puente de cemento se alzaba sobre nuestras cabezas a unos veinte pies, y nos encontrábamos en las sombras debajo de él. Oí cómo llegaba un coche; pareció reducir la marcha. Luego hubo un repentino aullido de frenos. Y momentos más tarde bajó la muchacha. Descendió atravesando la débil luz anaranjada que despedían los faroles del puente mezclándose con el pálido resplandor de la luna. Vi primero sus pies y una falda de color claro que, al alzarse, dejaba al descubierto sus piernas. No fue más que un par de segundos, y la muchacha cayó al agua a unos cinco pies de la proa de la lancha. Tras el gran chapuzón, desapareció. Sonó nuevamente el motor, crujieron las cubiertas, y el coche se alejó a toda velocidad.

Para la muchacha, la caída había significado un recorrido de unos cuarenta pies, veinte de aire y veinte de profundidad en el agua. Yo esperaba que, lógicamente, subiese a la superficie. La muchacha cayó casi sobre mi línea de pesca; el corcho de superficie se hallaba a muy poca distancia del lugar donde había caído, y la muchacha lo arrastró consigo hacia abajo. Llegó el momento en que el corcho dejó de arrastrar más hilo del carrete de mi caña. Tiré de la línea y ésta se mantuvo muy firme. Inmediatamente entregué mi cartera a Meyer y le advertí que mantuviese la línea tensa. Me quité las botas de pesca casi al mismo tiempo que me acercaba a una de las bandas de la embarcación; respiré hondo, expulsé un poco del aire almacenado en mis pulmones y me sumergí de cabeza en el agua, asiéndome a la línea, descendiendo todo lo más rápidamente que pude. Muy pronto, y en plena oscuridad, extendí una mano y toqué los flotantes cabellos de la muchacha. Hundí mis dedos en ellos y tiré hacia arriba para alzar a la chica. Dos manos, con la extraordinaria suavidad que proporcionaba un último margen de consciencia, se cerraron blandamente alrededor de una de mis muñecas. Seguí avanzando hacia abajo, a lo largo del cuerpo de la muchacha; toqué sus tobillos para comprobar por qué no podía moverla del fondo. Inmediatamente palpé las dos fuertes vueltas de alambre que mordían su carne y que luego se hallaban firmemente sujetas a uno de los tres orificios de un bloque de cemento. Busqué apresuradamente el nudo de alambre, y en el acto lo encontré, fuertemente retorcido. Supe a la vez que, si subía a la superficie en busca de más aire y regresaba a la profundidad... se habría acabado la muchacha. Tuve que hacer un terrible esfuerzo de voluntad para cerrar mi garganta. El nudo de alambre había sido hecho con alicates. Se trataba de alambre bastante grueso. Muy pronto supe hacia dónde tenía que retorcerlo, pero sólo con intentarlo me hice dos profundos cortes en las yemas de los dedos. Con mi mano derecha me rasgué la camisa, y, sirviéndome de uno de los

pedazos, lo envolví en los agudos extremos del alambre, y a continuación comencé a retorcerlo con toda la fuerza que me fue posible. El mundo se estaba volviendo un tanto borroso. Sentía un ligero adormecimiento. Pero el alambre comenzó a desenrollarse, y sus extremos, ya libres, me dieron más facilidad para terminar la tarea apresuradamente. En aquel momento yo deseaba tenderme en algún sitió, bostezar, cantar algunas canciones antiguas y tristes, y flotar en un delicioso mar de dulzuras. Por fin había soltado los alambres, y los hice pasar por el orificio del pesado bloque de cemento. Con ambos pies impulsé el cuerpo hacia arriba y comencé a ascender lentamente, quizá sonriendo, quizá asintiendo lentamente con mi cabeza, sosteniendo flojamente a la muchacha por la caderas. Inmediatamente salí de mi anonadamiento para encontrarme en superficie tosiendo, vomitando y procurando sostener fuera del agua la cabeza de la muchacha. Entonces fue cuando vi a Meyer, de pie en la barca, esbozándose su silueta contra las amarillentas luces, tirando de la línea y arrastrándonos hacia la embarcación como si fuésemos dos peces monstruosos. Pronto pude ayudar. Meyer se arrodilló, asió a la chica por los sobacos y la subió a bordo. Yo me agarré a la plana popa de la lancha y esperé un momento para recuperar fuerzas y subir también a bordo. Mientras esperaba, vi cómo Meyer tendía a la muchacha, boca abajo, sobre una de las bancadas de madera; cabalgaba a horcajadas sobre ella, e inmediatamente después comenzaba a aplicarle la respiración artificial, introduciendo ambas manos bajo su cuerpo, levantándolo y luego presionando sobre la cintura.

Mis pies comenzaron a sentir la fuerza de la marea. Si la muchacha hubiese caído cinco minutos más tarde, yo no habría podido bajar al fondo en su busca.

Me arrastré finalmente sobre el yugo de popa, y aún jadeante, allí tomé asiento.

—Mientras estabas ahí abajo —dijo Meyer con tono de voz que revelaba el esfuerzo que estaba haciendo—, me

acerqué a la ciudad y traje un par de cervezas.

—Estaba viva cuando llegué abajo, amigo. Agarró una de mis muñecas. De manera que en ese primer viaje tuve que apartarla del ancla que tenía amarrada a los pies.

—Algún tipo de tierno corazón no tuvo valor para decirle que sus relaciones habían acabado —dijo Meyer—. Es más fácil matarlas que herir sus sentimientos.

—Escucha..., eso que estás haciendo..., ¿es la mejor forma de hacerlo? —interrogué.

—Calla..., ésta es mi forma. Y creo que está dando resultados.

Introduje una mano en mi caja de aparejos y encontré la linterna. Hacía muy poco tiempo que le había puesto pilas nuevas. La muchacha tenía la falda empapada y recogida a la altura de medio muslo. Era una pena, pensé, tener que descartar aquel par de largas y maravillosas piernas. Coloqué la linterna donde iluminaba bien sus tobillos y me incliné con un par de alicates en la mano para cortar los alambres que aún los rodeaban. Liberada de tales ligaduras, las piernas se separaron un poco, con los desnudos pies vueltos hacia dentro. Inclinado en tal posición, vi algo que brillaba bajo el borde de la arrugada falda; extendí una mano, alcé la falda ligeramente, y allí estaba mi famoso aparejo de anzuelos, en la parte posterior de su muslo. En la carne se hundían profundamente tres o cuatro pequeños ganchos de acero. Solté uno de ellos, y, al hacerlo, la muchacha tosió con fuerza, expulsando una bocanada de agua, y quejándose a continuación.

—¿Alguna crítica más? —interrogó Meyer.

—¿Qué te parece la respiración artificial de boca a boca? —pregunté a mi vez.

—Es un método que origina desarreglos emocionales —replicó Meyer seriamente.

Tras haber tosido unas cuantas veces más, la muchacha dio señales de que no deseaba soportar más aquel suplicio. Meyer, con movimientos tan diestros como los de un

oso polar, dio la vuelta al cuerpo de la muchacha, lo alzó y lo colocó en la proa de la embarcación, sobre las duras tablas, con los hombros y espalda contra el ángulo de las reglas. Dirigí el haz luminoso de mi linterna al rostro de la chica. Un mechón de negros cabellos parecía como empastado sobre uno de los ojos. La muchacha alzó una mano, echó hacia atrás el empapado mechón, parpadeó, y volvió el rostro hacia otro lado diciendo:

—Por favor...

Volví la luz hacia otra parte, totalmente asombrado al descubrir que las facciones hagan perfecto juego con las magníficas piernas. Incluso en aquel enfermizo despertar de lo que podía haber sido su último sueño, las facciones de la muchacha mostraban los delicados rasgos de una encantadora eurasiática de rasgados y perfectos ojos.

Cuando Meyer se incorporó para soltar las amarras, dijo:

—Demasiado casual..., endiabladamente casual, Travis. Tan pronto como dejas una, te lanzan otra a los brazos. Cierra ya la boca y pon en marcha el motor, ¿te parece?

Travis McGee 6



DOS

De regreso en Thompson, deslicé la lancha a lo largo de la banda de estribor del *Busted Flush*. Mi casa flotante se hallaba amarrada con la borda de babor hacia el muelle. Mientras Meyer sostenía la pequeña embarcación yo subí a bordo. Luego Meyer ayudó a la muchacha a ponerse en pie, yo me incliné sobre la borda, y, asiéndola por debajo de los brazos, la icé a bordo rápidamente. Traté de que la muchacha siguiese en pie, pero tuve que asirla con fuerza para evitar cayese al suelo. A continuación, Meyer se alejó con la lancha para devolverla al cobertizo donde había sido alquilada.

Conduje a la muchacha a través del salón-cocina, y finalmente la hice entrar en el camarote para huéspedes. Permaneció durante unos instantes firmemente asida al respaldo de una silla mientras yo encendía las luces y corría las cortinas. Tenía la cabeza inclinada. Me miró y comenzó a decir algo, pero el temblor de su mandíbula hizo que sus palabras fuesen ininteligibles. Cogí de un armario mi bata más gruesa y la arrojé sobre el enorme lecho; luego hice lo mismo con una gran toalla de baño, y dije:

—Quítate toda esa ropa, muchacha, y procura secarte bien.

A continuación me acerqué hasta el armarito de las bebidas, y, eligiendo una botella de brandy Metaxa, vertí unas tres pulgadas en un vaso. Llevé el licor hasta el camarote, llamé suavemente sobre la puerta y la temblorosa voz de la

muchacha me dijo que entrara. Estaba anudándose el cinturón de la bata. Sus ropas se hallaban en el suelo formando un arrugado y empapado montón. Entregué el vaso a la muchacha y el cristal sonó contra sus dientes. Bebió el licor en tres tragos, se estremeció, y luego tomó asiento en el borde de la cama, cruzando ambos brazos sobre el pecho e inclinándose un poco hacia delante.

Meyer apareció en el umbral de la puerta.

—¿Escalofríos...? —interrogó—. Bien; es natural; no es más que el «shock», la reacción. Señorita, si aún le queda alguna fuerza, no le vendría mal una ducha caliente, y mejor aún un baño. Y después otro trago, ¿le parece bien?

La muchacha asintió con un ligero movimiento de cabeza, y Meyer recogió todas las ropas de la chica. Al cabo de unos momentos oí cómo corría el agua en la enorme y sibarítica bañera que el primer propietario del barco había instalado para su querida brasileña, antes de que yo se lo ganase..., sin la querida, en una sesión de póquer celebrada en Palm Beach.

—Tengo... tengo... algo en mi pierna —murmuró la muchacha.

Inmediatamente tomé unos pequeños alicates y al doctor Meyer para que me ayudase. Hicimos que la chica se tendiera en la cama boca abajo, y Meyer alzó la bata, dejando al descubierto otros tres anzuelos que la muchacha aún tenía clavados en la carne. Encendí la gran lámpara que colgaba sobre el lecho para observar mejor la zona de operaciones. Hay muchas palabras para describir unas piernas como aquéllas. Marfil. Mármol griego. Yo estaba muy acostumbrado a ver piernas tostadas por el sol. Las de la muchacha mostraban cierta palidez. Pero esta palidez no significaba blandura alguna. La chica estaba sufriendo intermitentes escalofríos, y cada vez que le acometía uno de ellos se le tensaban los músculos de la pantorrilla y del muslo. Parecían más bien los músculos de una bailarina que, al tensarse, cambiaban las elegantes curvas de aque-